

ANDERS STEPHANSON

UNA EXTRAÑA PAREJA*

Desde el punto de vista histórico William McKinley tuvo la mala suerte de que su sucesor fuera el presidente más colorista y pintoresco de la historia de los Estados Unidos; al margen de la opinión que se tenga de Theodor Roosevelt y su grandilocuencia, no se puede negar que ha sido uno de los presidentes más elocuentes, cultos e inteligentes. Durante muchos años se consideró que McKinley fue el último de esa larga serie de aburridos y poco distinguidos presidentes que se sucedieron tras la Guerra de Secesión, más o menos comprometidos con (cuando no directamente vinculados a) los intereses del capital financiero ascendente. En las últimas décadas se ha vuelto a hablar de él y hoy se le describe como «el primer presidente moderno» o cosas similares. En, *The President and the Assassin*, Scott Miller, un antiguo reportero de Reuters y del Wall Street Journal, se hace eco de esa descripción.

¿Logra convencer? Es cierto que McKinley instaló un centro de comunicaciones en la Casa Blanca al inicio de la guerra contra España, en la primavera de 1898; una guerra que se inició con la idea de prestar ayuda humanitaria a los cubanos pero acabó siendo rápidamente un ataque imperialista a las colonias españolas. También fue el primer presidente que condujo un coche (una vez) aunque, al parecer, la experiencia le asustó bastante. En la campaña de 1896 contra su rival demócrata-populista William Jennings Bryan, un capital profundamente inquieto financió el primer buzoneo de propaganda de la historia. Sin embargo, seguían siendo unos tiempos en los que el presidente podía darse un buen paseo matutino por las calles de Washington y charlar con los niños y con cualquiera que se encontrara. En todo caso, su mayor deseo era desempeñar una presidencia tan anodina y tradicional como fuera posible. Era un maestro de la insipidez.

La Casa Blanca de McKinley no mostraba signo alguno de lo que se suele denominar autonomía relativa en relación a la clase gobernante. Tampoco era un buen ejemplo de la Era Progresista, ese multifacético momento en torno al cambio de siglo en el que la «reforma», impulsada desde las clases

* Scott Miller, *The President and the Assassin: McKinley, Terror and Empire at the Dawn of the American Century*, Nueva York, Random House, 2011, 422 pp.

medias o altas, estaba a la orden del día. Le hubiera apabullado tener que participar en la campaña de 1912, las elecciones progresistas por excelencia, en las que Eugene Debs sacó casi un millón de votos apostando por el socialismo y en las que se airearon cuestiones sobre el Estado, las clases y los intereses a un nivel de sofisticación nunca visto antes ni después. McKinley diseñó un proyecto imperialista para los Estados Unidos cayendo en las «bobadas de los nacionalistas belicosos» contra las que advirtiera en 1896: «No queremos guerras de conquista, debemos evitar caer en la tentación de la agresión territorial.» Realizó el giro paso a paso, con todo cuidado, rehaciendo el marco político para que siempre pareciera altruista, cuando en realidad se trataba de preservar al máximo la ventaja estadounidense siempre que la situación lo requiriera; efectivamente la situación lo requeriría.

No está claro dónde encaja exactamente lo «moderno» en todo esto. El imperialismo «benevolente» se convirtió, parcialmente y por razones contingentes, en un ejercicio eminentemente progresista: el control de espacios y pueblos extranjeros para garantizar el orden y un engrandecimiento civilizado. Hasta el Canal de Panamá, construido por Roosevelt, se erigió en nombre de la civilización universal y el interés general en el mantenimiento de los flujos del tráfico comercial aunque, de hecho, fuera un acto de firmeza no violento por parte de los Estados Unidos. Afortunadamente, la obra de Miller no es el mismo cuento imperialista que se relata siempre a una audiencia popular. Es eso, pero también algo mucho más inusual. Al introducir en la historia al futuro anarquista Leon Czolgosz, el asesino de McKinley, Miller desarrolla una serie dual de temporalidades que engloban dos historias diferentes narradas por turnos. Por un lado, cuenta toda la historia de la lucha de la clase trabajadora de posguerra que generó una represión masiva y violencia generalizada a una escala cuyo único equivalente contemporáneo en el mundo industrializado era la Rusia zarista. Por otro, relata el increíble giro hacia el imperio al estilo tradicional europeo, en y tras 1898. Ambas trayectorias tienen su origen y su fin en el asesinato de McKinley, el 6 de septiembre de 1901, cuando le dispararon en el Temple of Music, en los terrenos de la espectacular Exposición Panamericana de Buffalo.

Los recursos narrativos son creativos pero no acaban de cuajar porque en ningún momento se da una dialéctica real que culmine en confrontación. Ambas «historias» (usa esta palabra intencionadamente) no se «encuentran» en el clímax obvio. McKinley no estaba directamente involucrado en operaciones contra la clase obrera, ni esta desempeñaba explícitamente papel alguno en su política. La represión fue dura pero, en gran medida, no fue cosa de la Casa Blanca, sino de los estados individuales, los tribunales y ejércitos privados del capital como la agencia de detectives Pinkerton. La intervención de tropas federales en la huelga masiva de los ferrocarriles Pullman de 1894, ordenada por el presidente demócrata y el fiscal general del Estado, fue una excepción. Czolgosz o, mejor dicho, las fuerzas laboristas y anarquistas que le apoyaban abiertamente, no dieron importancia

al imperialismo en un primer momento, aunque luego llegara ser un importante tema electoral sobre todo en 1900, año de elecciones. Los sindicatos, radicales o de otro tipo, luchaban por sobrevivir como sindicatos, por evitar su destrucción en casa. A pesar de su modesto éxito a principios de la década de 1900, hubieron de esperar para su reconocimiento e inclusión a la época de la Gran Depresión y a un Roosevelt diferente. Ambos proyectos políticos que rastrea Miller sólo pueden yuxtaponerse de capítulo en capítulo, hacia atrás y hacia adelante.

Resulta que, como esta dualidad es asimétrica, mina la trama de dos carriles. Digamos lo obvio: sabemos mucho más de McKinley que de Czolgosz. Uno fue presidente, sin duda un maestro de los tópicos pero, obviamente, una figura importante con una trayectoria bien documentada. Infancia de clase media baja en Ohio; un golpe de suerte durante la Guerra de Secesión, cuando el futuro presidente Rutherford Hayes le cogió cariño; carrera regular en la Cámara tras 1877. El otro era un joven trabajador, casi siempre en paro, de ascendencia polaca y creencias inciertas. Nació en Detroit en 1873, pero creció en las inmediaciones de Cleveland, bastante cerca de donde vivía McKinley treinta años antes. Czolgosz era un personaje oscuro, un solitario incluso en su entorno más inmediato, cuya conducta fue decididamente extraña pues siempre fue dando tumbos. De hecho, se llegó a dudar de su cordura y puede que hoy le hubieran diagnosticado alguno de esos trastornos de ansiedad y fobias sociales que tanto proliferan. Sin embargo, tras el asesinato dio una explicación perfectamente coherente: McKinley era el pináculo del poder y si estaba bien disparar al rey de Italia, estaba bien dispararle a él. (Umberto I había caído bajo las balas de un anarquista estadounidense el verano anterior y Czolgosz llevaba un recorte de periódico sobre el asunto en su bolsillo.) Sin embargo, Czolgosz actuó solo, no pertenecía a ningún grupo y no tenía un historial repleto de acciones destacadas; poca cosa para construir una línea narrativa atractiva que casar con la trayectoria imperialista de McKinley.

Así, mientras el hilo de McKinley avanza rápidamente hacia la secuencia expansionista de 1897-1898, la contra-narrativa de Czolgosz se convierte enseguida en un *tour*; ameno y bastante bien escrito, por los principales incidentes de la movilización de la clase obrera: de 1870 y la Gran Huelga de Ferrocarriles a la década de 1880 y la conflagración de Hyde Market con los subsiguientes asesinatos judiciales y huelgas sangrientas y masivas de principios de la década de 1890 (Homestead o Pullman). A lo largo del relato se analiza el papel desempeñado por ciertos anarquistas o *anarchists* desde el punto de vista de la historia sociológica. El esfuerzo merece la pena. No hay muchas historias populares en las que se intente demostrar tan gráficamente contra qué protestaba la clase obrera de la época o el importante papel desempeñado por el anarquismo en esa coyuntura. Cuando Czolgosz resurge en el relato como un veinteañero duramente castigado por la Depresión de 1893, su figura se pierde tras la de anarquistas más visibles e ideológicamente «reales», como Alexander Berkman –quien disparó, sin llegar a matar, al esbirro de Carnegie, Henry Frick– y Emma

Goldman. De hecho, esta última es el débil nexo que nos lleva de vuelta a Czolgosz. Fascinado por un discurso de Goldman, Czolgosz la buscó en lugares públicos en dos ocasiones, pero fueron breves encuentros sin consecuencias en el ámbito organizacional.

En este contexto de la historia de la confrontación de la clase obrera, Scott explica por qué se hace uno anarquista y cómo pudo haberse convencido Czolgosz de la necesidad de matar al presidente. Los años que median entre 1880 y 1914 son, si duda, años de asesinatos. Los nacionalistas emularon rápidamente las acciones de los anarquistas, aunque las tácticas siguieran siendo cosa de ciertas corrientes de anarcos. Benedict Anderson lo resumía así en su estudio sobre el anarquismo *fin de siècle*, *Under Three Flags**:

Al asesinato, en 1881, del zar Alejandro II a manos de los radicales expertos en bombas [...] siguieron en los veinticinco años siguientes el asesinato del presidente francés, de un monarca italiano, de una emperatriz de Austria y un presunto heredero, de un rey portugués y su heredero, de un jefe de Gobierno español, de dos presidentes estadounidenses, un rey de Grecia, un rey de Serbia y poderosos políticos conservadores en Rusia, Irlanda y Japón.

Mientras, la trama del giro imperialista de Miller resulta familiar. Habla del surgimiento de la *penny press* y la encarnizada competencia entre Hearst y Pulitzer. También incluye, por supuesto, una versión apropiadamente tonificante de las famosas cargas en la loma de San Juan y Kettle Hill a las afueras de Santiago de Cuba. Fue una secuencia de movimientos exitosos gracias a la suerte y la increíble ineptitud de los españoles. En este punto existe un tenue nexo entre ambas tramas, una conexión a la que Miller podría haber sacado más partido. El asesinato de Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros, a manos de un anarquista en 1897, mejoró la posición de los Estados Unidos en las negociaciones prebélicas y obligó a los españoles a sacar de Cuba al único comandante que podía haber hecho frente a unas fuerzas de invasión estadounidenses totalmente inadecuadas. Me refiero al brutal pero eficaz Valeriano Weyler, cuya formación militar inicial se había visto irónicamente muy influida por el ejemplo de la Marcha hacia el Mar de Sherman durante la Guerra de Sección, es decir, por el ejemplo de la guerra total.

Otra de las peculiaridades de Miller es la importancia que da al factor de la expansión de los mercados y a la ideología en la que se basó. Como la historiografía actual no muestra gran interés por el marco geográfico en el que se inscribió la búsqueda de futuros mercados para colocar la sobreproducción de los Estados Unidos, Miller hace muy bien en ir contra corriente en este punto. Sin embargo, es extraño que, a pesar de su interés por la economía (después de todo, escribía en el *Wall Street Journal*), subesti-

* Ed. cast.: *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación colonial*, trad. de Cristina Piña, Madrid, Akal, 2008. [N. del T.]

me la importancia de una de las promesas electorales que llevó a McKinley a la fama: el exorbitante arancel de 1890 que lleva su nombre y que le enorgullecía más que ninguna otra cosa. Los aranceles y las cláusulas de reciprocidad discriminatorias fueron un paso agresivo y el mundo industrial de su entorno lo entendió así. Algunos años después, el arancel McKinley minaría la industria de la caña de azúcar cubana, convirtiéndose en uno de los factores imprevistos que contribuyó a catalizar la revolución iniciada en 1895 y la deriva acelerada hacia el imperialismo.

Al fin y a la postre las historias duales yuxtapuestas resultan interesantes y se leen bien, pero en conjunto la obra aporta pocas novedades. Dos líneas narrativas sobre dos aspectos diferentes que sólo se rozan superficialmente en un acto dramático no pueden ofrecer un buen argumento cuando no existe un problema articulado. Si se las considera por separado, la línea de la trama de la clase obrera y los anarquistas contiene menos sorpresas que la del giro imperialista. Dada la configuración de clase, Estado y poder tras la Guerra de Secesión, y sobre todo tras 1877, lo sorprendente hubiera sido el triunfo de otra cosa que no fuera la dominación pura y dura, si bien hay que reconocer que un resultado electoral diferente en las elecciones de 1896 (algo no tan descabellado) podría haber dado lugar a un entorno político totalmente distinto. En cambio el porqué y cómo asumieron los Estados Unidos el papel de una superpotencia europea, con sus apéndices coloniales arquetípicos, depende más de la contingencia y encierra una contradicción en potencia. Evidentemente, los Estados Unidos habían sido expansionistas de principio a fin y habían ido creciendo a ráfagas: 1783, 1803, 1848, 1867. Sin embargo, el modelo constructivo de Imperio «de y para la Libertad» era exclusivamente «estadounidense» y se lo definía en los siguientes términos: un centro débil unido a la incorporación constante de reencarnaciones de los trece estados originales en condiciones de igualdad y autonomía. No había diferencia alguna entre Virginia y Wyoming. La última de esas incorporaciones (lo tomas o lo dejas) fue la de Hawái, anexionada en 1898 en el Verano de la Guerra. Puerto Rico, Guam, las Filipinas y otras posesiones insulares estadounidenses nunca tuvieron la oportunidad de pasar a formar parte de la Unión de los Libres. (Cuba sobrevivió con una soberanía truncada, como protectorado *de facto*.)

De modo y manera que se había introducido un nuevo y controvertido principio de desigualdad. El sistema político apostó y el Tribunal Supremo resolvió los problemas legales. La Constitución no dice nada sobre la cuestión, de manera que el Tribunal se inventó la conveniente distinción entre «territorios incorporados» y «no-incorporados», siendo así que estos últimos eran meras posesiones, propiedad de un Congreso que podía venderlas; «instrumentos», tal como se afirma en una sentencia muy posterior (1985) de un tribunal inferior que se pronunciaba sobre el estatus de Guam. Mientras, las dificultades políticas se solventaron por negligencia. La forma que adoptara el Imperio importaba poco en casa. Cuando Bryan volvió a ser derrotado en las elecciones de 1900, el tema desapareció junto al del

«imperio». Las islas estaban en otra parte, no molestaban. Había otras cosas de las que preocuparse aparte del impacto de las posesiones insulares sobre cuestiones filosóficas relacionadas con la identidad nacional. El proceso de «réplica celular», la continua incorporación de estados, había acabado. Si alguien fantaseaba sobre una ulterior expansión «estadounidense», pensaba en el norte, en dirección al Canadá (norte) americano. En el ámbito público, el imperio recién adquirido podía catalogarse como objeto de reforma benevolente tras su adecuada «pacificación».

McKinley nunca pensó mucho en las implicaciones de esta evolución. Su sucesor, que llegó a la Casa Blanca por cortesía de Leon Czolgosz, sí lo tuvo en cuenta y actuó sin remilgos. En opinión de Roosevelt, se trataba de un pseudoproblema. Lo que perjudicaba a los Estados Unidos en 1900, no era que mostrara signos de «no-americanidad», sino que no los mostraba lo suficientemente rápido. O, dicho de otra forma, el problema era que el país estaba atrapado en un sistema de gobierno pasado de moda y básicamente agrícola, incapaz de reconocer los imperativos de la estatalidad moderna y las obligaciones que imponía la civilización occidental. De hecho, la Era Progresista es una de las pocas en la historia de Norteamérica en las que los círculos en el poder definían a los Estados Unidos en una línea de continuidad (en vez de oposición) con sus homólogos europeos y en nombre de una «civilización» que debía hallar en el Nuevo Mundo su versión más avanzada. De ahí que Roosevelt no tuviera nada que objetar al «imperio» aunque, como presidente, le preocupara averiguar lo que requería ser una superpotencia. En cambio William Howard Taft, su sucesor en el cargo, había vivido en Filipinas las dificultades prácticas que implicaba administrar un imperio. De ahí que se inclinara por una forma de expansión «norteamericana» más tradicional aunque puesta al día para los tiempos modernos, es decir, por la diplomacia del dólar. Ambas formas coexistieron porque, una vez más, el exterior importaba mucho menos a los Estados Unidos de lo que los Estados Unidos significaban para el exterior.